2. Alienígenas entre nosotros

Una intuición doblemente alarmante se ha ido adueñando de mi pensamiento y sus múltiples facetas me parecen hermosas. Esa intuición es una flor de pétalos color pastel que al moverse con la brisa deja escapar pequeñas perlas de luz. Digo «doblemente alarmante» puesto que me parece alarmante tanto la posibilidad de que sea cierta como de que mi imaginación la esté elaborando de manera desbocada, obstinadamente. Esta intuición es la de que, entre la población humana existe una población no humana que sin embargo finge ser humana: una población alienígena. Expondré y reflexionaré acerca de la idea de la coexistencia cotidiana con al menos una especie alienígena encubierta considerando esta serie de supuestos extraños:

Supuesto número 1: las especies inteligentes extraterrestres existen, así que desde el comienzo debemos aceptar la posibilidad de que la vida alienígena existe y que además es inteligente de un modo similar a como lo es nuestra especie.

Dentro de este supuesto está el de que usted pertenece a mi especie; la humana.

Supuesto número 2: los extraterrestres han encontrado algún sentido a la interacción con nosotros. Un sentido que se me escapa, pero que podría ser el de realizar un estudio de campo acerca de nuestras conductas y motivaciones; esto es, de cómo creamos realidad e interactuamos con ella.

Supuesto número 3: lograron ir más allá de las barreras que la física parece colocar entre ellos y nosotros, de las que no es la menor la enorme distancia entre los astros, la fuente de energía necesaria para tamaño viaje, los micrometeoritos, los efectos nocivos de la exposición a la radiación y a la ingravidez... Todo esto nos revela que su inteligencia no es solamente «un poco superior» sino que, en términos relativos por supuesto, deben estar mucho más avanzados que nosotros. Tendrán, basándonos en su impresionante nivel tecnológico, una sociedad que pueda generar tal tecnología, por lo tanto deberá ser una sociedad en la que no existan conflictos ni impulsos destructivos; totalmente colaborativa, con una división del trabajo incuestionable sustentada en un principio de justicia absoluta y subordinación completa.

Este supuesto podría colisionar con el número 2, ya que una sociedad tal difícilmente pudiera encontrarnos interesantes como especie. Por lo que podríamos agregar tres posibilidades si realmente están entre nosotros: o tenemos algo que ellos encuentran especialmente único y valioso, o simplemente nos toman como un entretenimiento (y en ese caso resultan bastante frívolos para su sofisticación), o intentan afectar nuestra evolución de algún modo al interactuar de formas que no podemos entender. O que *yo* no puedo entender, al menos.

Supuesto número 4: o se parecen físicamente a nosotros (lo cual debería explicarse de algún modo a pesar de las enormes distancias) o poseen la tecnología para parecerse mucho a nosotros. Tecnología que, a pesar de que resulte prácticamente perfecta no lo es, y por eso es que algunos *nos damos cuenta de que están entre nosotros*. Si fuera perfecta, jamás se me hubiera ocurrido escribir esto. Desarrollaré las evidencias de que no son iguales a nosotros y de que su tecnología de camuflaje no logra disimularlos completamente.

*

Todo comenzó en el año 2022 en un liceo del departamento de Canelones. Me hallaba en una coordinación de profesores del liceo número 1 de Las Piedras. Hacia noviembre, esas reuniones carecen casi por completo de sentido (si es que en algún momento lo tuvieron). Los profesores, ya cansados, sin demasiado para compartir entre nosotros, hablamos de temas diversos y claro que muchas veces esos temas tienen poco o muy poco que ver con el liceo o las circunstancias pseudoeducativas actuales en donde el estudiante real yace casi extinto. Esta situación se repitió durante dos o tres semanas y los profesores, presas fáciles del ocio, hallamos maneras cada vez más *creativas* de mantenernos despiertos durante las dos o tres horas de coordinación.

En la última ocurrió algo fuera de lo común, que, no obstante, pasó inadvertido para la mayoría de los colegas. Estábamos compartiendo experiencias diversas acerca de avistamientos de luces inexplicables en el cielo. Una profesora relató, para sorpresa de todos, una experiencia que nos resultó fascinante y a algunos, aterradora. Sobre todo a algunas mujeres cincuentonas que temen minuciosamente a lo desconocido y excitante, porque las horroriza la sola idea de perder el control. La colega nos contó que vive en una zona rural y que una noche, en la madrugada, comenzó a entrar una luz blanca y muy potente por la ventana de su dormitorio. La luz era tal que atravesaba las cortinas. Ella miró y descubrió que se trataba de un orbe gigantesco, muy blanco, que estaba posado a unos treinta o cuarenta metros de su casa. Su reacción fue cerrar todo y meterse a la cama. Algo que encuentro bastante inverosímil, pero lo cierto es que así terminó su historia, pese a las preguntas indignadas por el súbito anticlímax.

Después hablamos de la posibilidad de la infiltración; es decir, de que los extraterrestres estuvieran entre nosotros. Algún docente, bromeando con tristeza, señaló que ha tenido varios alumnos «alienígenas». Muchos dijeron «qué malo», «qué malo», pero se rieron del chistecito.

Lo curioso es que en un momento en el que mis colegas callaron se me ocurrió decir que si estuvieran entre nosotros, en ese recinto y en ese momento debería haber algún profesor que fuera alienígena. La mayoría de mis colegas rio estruendosamente y yo aproveché para agregar que si estuviera presente un alienígena no se reiría, seguramente. ¡Y un colega no se rio! Este profesor, un hombre de unos

cuarenta años, muy pálido y con barba y cabello oscuro, delgado, me observaba sin hacer ningún gesto.

Todavía el recuerdo de aquel momento me pone la piel de gallina.

Tuvimos los tres meses de receso. Cuando volví al año siguiente, en marzo de 2023 (concretamente el miércoles 15), me vi frente al colega a solas en la sala de profesores. Lo saludé, me saludó. Luego hubo un silencio prolongado. Lo observé un poco, levantando la vista apenas de mi teléfono celular: no leía, no miraba su teléfono, no revisaba su agenda; parecía escrutar un punto en el aire con una leve sonrisa. Le dije, como si bromeara, si se acordaba de la charla acerca de extraterrestres. Respondió que sí, rápidamente. Le confesé que me había parecido muy interesante su reacción ante la propuesta de que estuvieran entre nosotros. Le recordé que todos nos reímos, menos él. Y que yo había dicho que el que no se riera…

–…que el que no se riera era un alienígena –se adelantó a decir abriendo grandes los ojos.

–Claro –le respondí, sorprendido de que todavía tuviera presente aquel episodio más bien insignificante del año anterior–. Y usted no se rio.

–No. No me reí.

–Entonces –continué, seguro–. Debo suponer que usted *es* un alienígena. Pero se lo pregunto directamente así evitamos malentendidos: ¿*es* usted un alienígena?

–Sí.

Lo que más me impresionó fue el gesto. Su mirada era dura, fría, no había humor, no había detalles reveladores. No había nada. Era como un muerto.

Reí y continué:

–¿Y viene de lejos, señor ET?

–Muy lejos.

–¿Y qué hace por acá, a tales distancias de sus pagos y en un liceo de Las Piedras?

–Observando.

Volví a reír y me fui a dar clases sobre la *Divina Comedia*. No pude dejar de pensar en que, o mi colega tenía un sentido del humor extraordinario o realmente yo había estado hablando con un alienígena.

*

El organismo alienígena se sitúa en una posición de aislamiento mental disimulado. Es lo mismo y otra cosa: observa influyendo lo menos posible o de maneras muy sutiles en la realidad. Para ellos, lo real es una construcción, no en un sentido metafórico o teórico, es literalmente una estructura que permanece; entienden el tiempo y el espacio como meras contingencias y pueden observar el antes el ahora y el mañana en un solo instante.

Debido a esto, es fácil identificar en el rostro del alien un gesto que ni siquiera es desinterés o agobio; es un gesto de lejanía que no da a entender conformidad ni disgusto: ¡es cara de alien! Su mirada está llena de nada. Físicamente, imita la postura y la vestimenta que minuciosamente ha asumido como análoga a la media de los individuos entre los que debe situarse, de manera tal que nadie pueda darse cuenta de que hay algo particular en él. No son atractivos para los seres humanos; ni siquiera deben parecer interesantes, puesto que el diálogo directo los expone.

En el intercambio no banal, cuando un ser humano comparte sus ideas, sus sentimientos, sus posiciones asumidas frente a la vida, interroga al otro al exponerse a sí mismo. Esto es especialmente peligroso para los aliens, puesto que no poseen ideas propias, ni sentimientos tal y como los conocemos los seres humanos, y mucho menos la capacidad de tomar posición frente a un problema. Si manifiestan una opinión, notará usted que es una repetición vacía de un promedio; es como si se tratara de un discurso creado por una inteligencia artificial. Puede parecer lógicamente impecable, pero se sostiene de manera muy precaria sobre supuestos ordinarios y poco confiables. Uno nota que son sólo frases obtenidas estadísticamente; jamás una irregularidad, jamás un brote súbito de imaginación. La sorpresa no tiene lugar en esa forma de razonamiento.

Un apunte que podría interesar acerca del parecido entre el discurso alienígena y el del *chatbot* de inteligencia artificial es que ambos aprovechan la ilusión de otredad. Para entenderla, pensemos en un perro que se ve en un espejo. Le gruñe y le ladra. Ese animal ha sido víctima de la ilusión de otredad. Nosotros sabemos que detrás del espejo no hay otro perro, pero él cree que sí. Como desconoce su apariencia, no puede reconocerse, entonces ve a otro perro en su propio reflejo. Es exactamente lo mismo que nos ocurre con el *chatbot* de inteligencia artificial. Como se expresa de manera análoga a como lo haría un ser humano, tendemos a creerlo humano, pero sabemos que no lo es.

Y también es un hermoso caso de reversibilidad de relación. Concepto que he presentado en la lectura anterior.

Ocurre también que la ilusión de otredad está presente en el relacionamiento interpersonal: cuando expresamos alguna emoción esperamos que esa emoción sea entendida de acuerdo a lo que es en nosotros, pero es entendida como la experimentan los otros. Y como nosotros sentimos, creemos que

el ser que se encuentra frente a nosotros también siente, pero sus reacciones podrían ser pura exterioridad.

El alien, entonces, deberá evitar toda situación de intimidad con un ser humano real. Sabe que es vulnerable a la suspicacia y que un examen medianamente severo dejará en evidencia el hecho de que no sabe de qué habla cuando dice «amor», «odio», «cansancio», «agobio», «felicidad», «placer».

Temo que he logrado detectar inclusive que existen diferencias entre ellos. Por ejemplo, algunos (tal vez una especie más avanzada, tal vez individuos con más tiempo entre nosotros y por tanto, mejor entrenados) poseen una actitud proactiva, intentan imitar a un cínico, a un pesimista, a una persona deprimida y cansada del absurdo de la vida. Pero con un poco de suspicacia queda en evidencia que todo es mentira; están repitiendo maquinalmente modelos diseñados a través de sus interacciones precedentes.

Ocurre exactamente lo mismo con los discursos políticos: siempre una interminable y monótona retahíla de lugares comunes.

He notado cierta actitud de espera, de acecho solapado. Cuando se les presenta la ocasión hacen preguntas y esperan, sobre todo, eso; la espera es la base de su estrategia de observación. Miran, pero si deben interactuar hacen grandes silencios. No se crea que es simplemente estrategia, es que los aliens verdaderamente no poseen opinión personal sobre nada.

Físicamente suelen ser bastante insignificantes. No solamente poco agraciados, sino que pretenden pasar inadvertidos. Alguien realmente feo atrae la atención; de la fealdad a la insignificancia hay un gran trecho. El insignificante, aunque es físicamente visible porque la luz rebota sobre él, parece que realmente no estuviera allí. Para no llamar la atención y que no desconfíen de ellos, adoptan una apariencia francamente vulgar.

Yo, que encuentro belleza en casi cualquier cosa o persona, temo haber entablado incautamente alguna relación sentimental con inteligencias no humanas.

Si la insignificancia física y la falta de opinión personal (y sentido del humor: el humor les resulta totalmente misterioso) son dos rasgos claramente reconocibles en los alienígenas encubiertos, también podemos descubrirlos porque, al parecer, resultan incapaces de negar que son alienígenas. Es decir que aunque ellos jamás lo admitirían por voluntad propia, si son interrogados directamente sobre la cuestión serán incapaces de negarlo.

Tal vez –ahora que lo pienso– esa actitud sea parte de alguna suerte de contrato o pacto entre las especies invasoras, en el que se estipula que estos seres no mentirán abiertamente acerca de su naturaleza, sino que simplemente observarán. Y que en caso de ser descubiertos, haciendo gala de unos escrúpulos morales extremadamente curiosos, deberán admitir su identidad con rigurosa hidalguía.

Otra prueba: imagine ahora usted a dos personas en un pequeño habitáculo; un ascensor, un hall de un edificio, una sala de espera. Hay sujetos que supondrá que hablarán entre sí aunque no se conozcan. Hablarán del clima, del dolor, de la delincuencia, de fútbol, del precio del tomate… coloque usted en ese lugar a dos personas e imagine quiénes serían incapaces de comunicarse. No comentarían nada. Imagínelos. ¿Identificó a personas con esos rasgos? Bien, son alienígenas.

*

Después de aquellos eventos que narré volví a ver varias veces a mi colega, pero nunca conversamos. Simplemente nos saludábamos de lejos y cada cual iba a cumplir con sus tareas rutinarias.

En el año 2024 volví a compartir la sala de profesores con él, en el liceo número 1 de Sauce, departamento de Canelones. Conversamos de otras cosas, dejando atrás aquellas situaciones ociosas y delirantes de Las Piedras. No obstante, yo siempre tuve la impresión de que esta persona me observaba en silencio; inclusive con un gesto extraño de complicidad que yo estoy seguro de no haber correspondido.

Lo cierto es que llegó fin de año y tuvimos reuniones. El día de la reunión en la que él también participaba entré y lo vi, como escondido, justo detrás de la puerta.

–¡Pero profesor! –exclamé, bromeando–. ¿Qué hace ahí?

Y le tendí la mano.

Fue un contacto helado, como si se tratara de un muñeco; el contacto de una mano seca y carente de circulación sanguínea.

–¡Usted tiene las manos heladas! –le dije.

–No se olvide de que vengo de otro planeta –respondió.

Yo miré a mis compañeros, pero ellos no parecieron notar lo que había dicho el profesor. O por lo menos, tomaron aquello como una broma. Lo único que atiné a decir, para cerrar la charla fue:

–¡No siga con eso!

Un pedido justo, si bien se mira, puesto que ya a bastantes ratos de reflexiones absurdas me había arrojado la broma de mi colega. Asumiendo que fuera una broma, por supuesto.

Pero la conexión y la reflexión que haré en breve borrarán la sonrisa instintiva que tal vez haya dibujado en su rostro al pensar que un profesor, un hombre grande como yo, pueda creer que vive entre extraterrestres; que haya caído en una broma tan tonta y que esa tontería haya bastado para que ahora escribiera un texto caracterizando –¡colmo de los colmos!– la apariencia y el comportamiento de los supuestos extraterrestres infiltrados en nuestra sociedad. Porque… me dirá, en el caso ya absurdo de por sí de que realmente hubiera extraterrestres mezclados entre nosotros: ¿acaso no tendrían mejores lugares para investigar que los pueblos de Canelones, Uruguay? Y yo responderé rápidamente: ¿por qué no investigar los pueblos de Canelones, Uruguay? ¿Acaso los habitantes de Canelones, Uruguay, no son seres humanos como los de cualquier otro lugar? Ahí lo que entra en juego no es mi credulidad, sino más bien su complejo de inferioridad respecto a los habitantes de otros lugares, como Nueva York, Londres o Barcelona.

Y usted seguirá diciendo: claro, pero dese cuenta de que existen muchas personas introvertidas, con un sentido del humor muy extraño, que se burlan de su incapacidad de separar la realidad de la fantasía. Yo responderé rápidamente, si eso fuera así, serían indiferenciables de entidades extraterrestres que no tuvieran la posibilidad de engañarnos del todo.

Y usted diría: asumiendo que son extraterrestres, pueden venir desde distancias que apenas si podemos imaginar y no pueden engañarnos haciéndose pasar por seres humanos sin que lo notemos; ¿no ve nada extraño en eso? No, respondería yo, no veo nada extraño en eso porque nosotros, aunque no seamos conscientes del hecho, cuando interactuamos con otro ser humano somos capaces de percibir su alma; un estado de existencia que no es físico y que completa a la totalidad percibida. Algunos le dirán «carácter», otros, «carisma». Pero lo cierto es que este nivel de existencia «flota» de manera misteriosa en torno a las personas cuando interactuamos. Es el alma. Punto.

Acerca de las distancias inimaginables y la superación de las barreras físicas –una manera bastante vulgar e inocente de «probar» que no sería posible que estuvieran entre nosotros–, piense el lector en la aeronáutica. Todavía bastante entrados en el siglo XIX no eran muchos los que creían en la posibilidad de que el ser humano llegara a volar, dejando a un lado a los tristes globos aerostáticos. Y no se necesitó una revolución en la física para concebir que el ala mantuviera en el aire a aparatos muy pesados. Con la misma física que se agitan las ramas de un árbol; con la misma física que utilizamos en el día a día o que permite que sigamos vivos rigiendo nuestros procesos biológicos, no solamente logramos volar sino que hemos dominado el vuelo al punto de que ya nos resulta absolutamente

familiar subirnos a un avión o verlo pasar a alturas que hace unos doscientos años nos parecerían imposibles de alcanzar.

Nos dormimos sin problemas a 10.000 metros de altura.

Lo mismo ha ocurrido con la llegada del hombre a la Luna y con otros logros sorprendentes, que aunque sorprendentes, no son sino consecuencias de la exploración de los recursos disponibles, tanto a nivel de los materiales como de la técnica y de la teoría.

Imagínese qué podríamos hacer con una física nueva, basada en principios que apenas podemos vislumbrar. ¿Qué clase de milagros podría realizar una especie avanzada no en mil o dos mil años sino en cientos de miles o millones de años?

Respecto al carisma, eso sí que es un verdadero reto exploratorio. No pueden generarlo; simplemente no lo poseen. Entonces, cuando intentan crear la ilusión de una existencia carismática, trascendente a la dimensión física, fracasan a pesar de su descomunal desarrollo tecnológico. Entran en juego limitantes que podrían ser poco imaginables para nosotros; por ejemplo, que realmente una especie extraterrestre no tuviera la capacidad de *sentir*.

*

La reversibilidad de relación ha sido presentada ya en la lectura anterior. Se estableció que, un cúmulo de información puede ser interpretado de formas diversas al ser vinculado también con informaciones distintas. Usted ha mencionado a los seres humanos tímidos, introvertidos, con un sentido del humor extraño. Yo agregaría «intrascendentes», sin opinión personal ni intereses. Le he dicho que serían indiferenciables de individuos no humanos camuflados. Usted ha descartado como teoría conspirativa de buenas a primeras la posibilidad (que suena un poco descabellada, lo acepto) de la existencia de estos individuos no humanos. Pero veamos más en detenimiento la cuestión.

De acuerdo al principio fundamental de reversibilidad de relación A y no-A pueden ser no-A y A. Es decir que existe la posibilidad de renombrar a las entidades de un lado y de otro del límite. Pero además, hay que recordar que cierta cantidad de información puede ser aumentada anexándole una información determinada (digamos, hacia la derecha), o puede ser aumentada anexándole otra información determinada (digamos, hacia la izquierda). Aclaremos, nunca está demás, que en este caso «derecha» e «izquierda» no son definiciones políticas. En este caso, porque bien podrían serlo. Entonces, si partimos de la idea de que no nos visitan alienígenas y que mucho menos se intercalan entre nosotros, resulta absurdo siquiera considerar la posibilidad de que existiera una tipología. Pero al quitar

esa imposibilidad y al aumentar la información anexando ciertas vivencias y ciertas especulaciones, resulta que estos «extraterrestres» se vuelven visibles, presentes, alarmantemente vívidos.

Los seres humanos, se me dirá, pueden ser más insignificantes y más faltos de carisma de lo que se puede presumir, pero eso no los hace extraterrestres. Probablemente sea cierto, pero a su modo esas personas también nos observan puesto que les resulta curioso el carisma en las demás, carisma del que carecen y al que envidian.

Es sin embargo cierto que, bajo las evidencias disponibles, las dos posibilidades son igualmente explicativas. Sin embargo, para aceptar la hipótesis alienígena debemos pasar por alto una serie de juicios previos; anular campos activos en nuestras teorías de fondo; campos propios poderosos.

Hay algo más respecto a una reflexión de cierre para este texto anómalo acerca de alienígenas escondidos en nuestro entramado social y a plena vista.

Observando hábitos, comportamientos, creencias, conocimientos y pasiones de la mayoría de las personas y cómo reaccionan intuitivamente y de modo «carduménico» (sé que el adjetivo no existe, pero es excelente para describir un movimiento irreflexivo, conjunto y coordinado) es inevitable, algunas veces, sentirse un completo extraño, un alien exiliado en un planeta yermo, oscuro y sin posibilidades de redención.

El universo, que no está allí, apartado, sino aquí mismo; que no está ni siquiera entre nosotros sino en nosotros; el universo, digo, es extraño y misterioso. Obra como una máquina productora de asombro y quiero decir aquí que no es que nos despierte una reacción de asombro, sino que lo produce, lo genera, exactamente como una maquinaria. Porque además de ser asombroso, él mismo se ve a sí mismo y se asombra. Esa circularidad del asombro es, claro está, asombrosa en sí misma.

Quisiera, antes de terminar, compartir un recuerdo con ustedes. Se trata también de un episodio con un alienígena en el liceo 1 de Sauce. Y la quiero compartir porque creo que sirve para completar el complejo cuadro del que vengo hablando.

Habíamos terminado una reunión y había otra en la que yo no iba a participar. Entonces, fui a la biblioteca y me senté con el teléfono. Al levantar la vista vi en una mesa cercana a un profesor de Astronomía que yo había conocido unos años antes en el mismo liceo. Ocho años antes, para ser preciso. Habíamos coincidido allí en 2016.

Más de una vez conversamos en los pasillos. Era un hombre extraño que me daba la impresión de que evitaba los contactos personales y que inclusive no soportaba mirar a los ojos a los demás. Siempre tuve la impresión de que no sabía dónde poner las manos y que por eso llevaba consigo una carpeta. La sostenía como un escudo.

Deambulaba por los pasillos mirando las carteleras que había visto infinitas veces y jamás lo vi entrar a sala de profesores.

Fui a sentarme junto a él. Tenía la carpeta negra aquella sobre la mesa.

–¿Qué hacés? –le pregunté con una sonrisa.

–¿Cómo le va, profesor?

–Bien, bien –le contesté mostrándole las palmas de las manos–. Haciendo tiempo.

–¿Qué cuenta? –me dijo.

–Viendo si me compro un telescopio –comenté–. Hace unos años tuve uno, pero lo vendí. Estaba bien para el precio.

–¿Refractor o reflector?

–Refractor.

–Ah. Los reflectores son mucho mejores. Aunque más caros –me informó.

–Sí. Por eso me compré un refractor. Y se veían los anillos de Saturno y las bandas de Júpiter... y vi los satélites galileanos y todo. Quinientos dólares. Pero lo vendí por cuestiones afectivas.

–No quiero preguntar. Pero es curioso.

–Siempre me ha interesado la observación de los astros –continué–. Creo que es importante mirar para arriba. Como dijo García Lorca alguna vez. Y después, lo mataron.

–Yo hago salidas y observamos las estrellas –comenzó a contarme sin escuchar–. Teníamos un grupo de trabajo e inclusive di varias charlas en distintos liceos. Hubo un tiempo que me interesó también el tema de la mutilación del ganado. Fuimos a algunas estancias... Pero al final no lo hicimos más por la pandemia.

–Perdón –lo interrumpí–. Profesor, yo no desconfío de su lógica, pero no encuentro el vínculo entre la observación de los astros y la mutilación del ganado. Salvo que...

–Extraterrestres –dijo, en tono confesional.

Tragué saliva.

–¿Usted cree? –pregunté, también bajando la voz.

–No hay otra explicación –susurró abriendo mucho los ojos.

–Seguro debe haberla...

El profesor se encogió de hombros.

–Si usted hubiera visto lo que yo he visto, tampoco tendría dudas. Huesos pelados, pero sin rasguños. Cuerpos vacunos absolutamente secos, sin sangre, sin genitales. Lenguas sacadas de cuajo, cortadas como con un láser. Incisiones limpias, sin violencia. Los cadáveres no atraían moscas ni tenían gusanos. Simplemente se iban deshaciendo con el tiempo. No se los comían ni las hormigas. Yo lo vi. Nadie me lo contó.

–¿El chupacabras? –dije.

–Macanas. ¿En San Ramón?

–Está bien –respondí–. Reconozco que es una gran curiosidad. Pero, fíjese, ¿no podrían criar sus propias vacas y hacerles lo que quisieran los extraterrestres?

–Eso no lo sé. Lo único que sé es que no hay explicaciones racionales. No las hay sin colocar en la ecuación a la acción voluntaria de una inteligencia. Una inteligencia con herramientas muy superiores. Haciendo cosas que no podemos entender. ¿Usted no cree en los extraterrestres?

Superando mi sorpresa inicial ante algo tan torpemente forzado como aquella conversación acerca de alienígenas segmentadores de holandos y herefords, decidí aceptar el reto del indudable ejemplar de viajero intergaláctico.

–Creo –comencé, seguro de mis palabras–. Estoy convencido de que no sólo vienen a hacer experimentos con tejidos animales, sino que de la misma manera que experimentan con ellos lo hacen con nosotros. También cortan nuestros cuerpos y los estudian en profundidad. Ese estudio, además, lo hacen con nuestra sociedad, con nuestras costumbres, con nuestro comportamiento en general. Les intriga cómo sentimos, cómo pensamos, qué nos impulsa a seguir con nuestra vida insignificante. Cortan, en resumen, también nuestras almas.

–Qué profundo, profesor. Continúe.

–Quieren saber qué es el alma. Porque no tienen –seguí, entusiasmado–. Su sociedad ha de ser tan avanzada que, si en algún momento la tuvieron la han perdido. Y no pueden volver atrás. O mejor: no quieren volver atrás. Pero su curiosidad científica está exacerbada. Tal vez solamente existan para la exploración del universo.

–Maravilla. ¿Y qué otra cosa sabe?

–Deben tener una sociedad absolutamente funcional, sin desacuerdos ni rebeliones. Una sociedad en la que cada individuo nace sabiendo qué lugar ocupará hasta el final de sus días, y que está absolutamente conforme con ese lugar. No deben tener relaciones de pareja ni paternidad. Eso es muy primitivo. No tienen sexualidad, ni dinero, ni propiedades personales. No envidian ni odian ni aman ni temen. No creen en la muerte porque han entendido al comportamiento de la materia a tal punto inconcebible que saben que morir no significa nada. Son su propio dios o, mejor, han conocido a Dios, lo han alcanzado y les ha hablado; los ayuda a desarrollar tecnología. La materia les obedece. Ahí donde nosotros tenemos que colocar dos engranajes para que la máquina funcione, ellos modifican a un nivel subatómico la estructura de los materiales y la máquina simplemente hace lo que se le manda sin chistar. Máquina que, frente a nuestros ojos, no tendría ningún sentido.

El profesor sonrió levemente y dijo:

–Es interesante –lo vi estirar las manos y tomar la carpeta negra–. Pero debo discrepar en algunos puntos con usted. Si no me equivoco, plantea una especie de utopía futurista situada en los confines del espacio, porque también está hablando de nuestra sociedad a través del modelo alienígena. Y esa sociedad no es una sociedad utópica sino más bien lo contrario, una distopía. Juzga ciertos rasgos humanos como defectos de la especie; debilidades que no lo son en absoluto. Según usted la sociedad que fuera capaz de sustentar una ciencia tan avanzada no tendría relaciones sexuales, por lo tanto

sufriría de algunos problemas para reproducirse. Recuerde que el sexo no es sólo un pasatiempo. Eso de la inmovilidad social, tan medieval, me recuerda a las hormigas: nacemos soldados, morimos soldados; nacemos obreros, morimos obreros. Y jamás aspiraremos a otra cosa. Pero las aspiraciones son el motor de una sociedad; nos impulsan a mejorar y esa mejora la hacemos sacrificándonos. Sin sacrificio por necesidades personales no habría una sociedad organizada.

Yo observaba los gestos de mi colega y notaba que hablaba como recitando. Él mismo no creía una sola de sus palabras. Reproducía un discurso llano, sin emociones, que tal vez fuera una síntesis de los esperable, de lo promedial, de lo más vulgar del pensamiento humano. En algunos momentos, para disimularlo, matizaba con sonrisas sus afirmaciones, pero sólo reía con la boca, jamás con los ojos.

–Su fantasía es muy interesante –continuó–. Pero, por ejemplo, exige la creencia en la existencia de Dios y aún más, une a una sociedad avanzada con la creencia en Dios de manera tal que resultan dos extremos de una misma cosa. Me dijo que los extraterrestres no tienen alma, pero creen en Dios, lo que me resulta muy paradójico. ¿Acaso existen seres sin alma que sin embargo crean en Dios? ¿Por qué nosotros tendríamos alma y ellos no? ¿Es el mismo Dios Yahvé que el nuestro? Quiero decir, de los judíos, porque yo soy judío…

–Eso no lo sé –respondí–. Pero ahí lo que hay de fondo es un análisis severo acerca de nuestra sociedad y de cómo nuestras potencialidades y carencias impiden o generan ciertas características de nuestra existencia colectiva. Por ejemplo: somos monógamos puesto que somos territoriales. No nos gusta que toquen lo que es nuestro, entonces tenemos propiedad privada. Luego, construimos sociedades en torno a la propiedad privada y al comercio de ciertos bienes que anhelamos. Si quitáramos nuestras carencias y necesidad del medio, no deberíamos seguir evaluando a nuestra sociedad bajo los criterios anteriores; sería una sociedad enteramente nueva. Usted no debería evaluar a la sociedad alienígena en términos antropocéntricos, antropomórficos, antropológicos. Aquí hablamos de otra cosa: imagine que ellos descubrieron la manera de eliminar por completo el deseo sexual. Imagine que hallaran una manera de eliminar la territorialidad, la envidia, la necesidad en todas sus formas, la vejez, la simbología, las trampas del lenguaje; que su sociedad hubiera logrado superar sucesivos cataclismos y que los individuos que quedaran hubieran sido modificados genéticamente y de modo masivo para ocupar cada cual su lugar. Y que hubiera pasado no una o dos veces, sino decenas o cientos de veces. Sin política, sin religión, sin comercio; todos trabajando para la exploración, alimentándose todos del mismo modo; siendo todos funcionales a una sola meta: explorar y evolucionar a partir de esa exploración. Sin arte, sin filosofía, sin deporte, sin distracciones de ningún tipo; optimizando al máximo el tiempo de existencia.

–Eso es horrible, profesor –sentenció y se puso de pie.

–Para un ser humano, tal vez –acepté–. Para un ser humano occidental. Pregúntele a los chinos si su sociedad no es de ese modo. Por lo pronto –continué–, de lo que podemos estar seguros es de que detestan tener que subir vacas a sus naves.

–Eso es cierto. Muy cierto –dijo el profesor de Astronomía. Se puso la carpetita negra bajo el brazo y salió de la biblioteca dando grandes zancadas.

Nunca más lo volví a ver.